

Dos Grecos en Guipúzcoa

—••○○○○••—
(CARTA ABIERTA)
—

A Dn. Julio de Urquijo

San Sebastián.

Muy Sr. mio: Me ruega V. le cuente cómo fué lo de los dos descubrimientos de Grecos que he tenido la fortuna de realizar en nuestra Provincia de Guipúzcoa. Digo fortuna, porque no creo que esto se pueda atribuir a otra causa. Con un poco de espíritu de observación cualquiera pudo haber hecho lo que hice yo.

Hecha esta salvedad que he creído necesaria, para que no me tome V. por lo que no soy—que yo en achaques de arte nunca he pasado de ser un simple aficionado, y para artista o crítico de arte me falta mucho y para curioso investigador de ocultas antigüedades me sobra no poco con las ocupaciones anejas a mi Cátedra del Seminario—digo que hecha esta salvedad, voy, sin más, al cuento.

Había cantado Misa y era ya Profesor.

Terminado felizmente el curso académico de 1916-1917, prolongué breves días mi estancia en el Seminario. Esperando a la fecha ya próxima de los Ejercicios Espirituales para Ordenes, continuaban también en Vitoria algunos alumnos del último año de la Carrera, para cuya distracción se organizó una jira vespertina al Santuario de Ntra. Sra. del Castillo en Salinas de Léniz. Eran los primeros días del mes de Junio del año 1917. Me agregué a la expedición, a cuyo frente se hallaba el Director Espiritual Dn. Diego Unanue.

Llegados al Santuario y terminadas las devociones, subí al coro con el entonces Prefecto de Música del Seminario, Dn. Luis Usobiaga, quien acompañó al órgano algún canto de los que en ocasiones parecidas se suelen entonar.

Mientras mi compañero se entretenía en el órgano, llevado yo de mi nativa curiosidad, fuí pasando revista de los cuadros que

colgados principalmente en el lienzo de pared de la derecha, casi al nivel del piso del coro, podía, yo contemplar bastante bien al principio, a pesar de la poca luz del Santuario.

Uno sobre todos llamó de pronto mi atención. Para aquella fecha había yo hojeado algunas de las colecciones de «El Arte en España» de la casa Thomas. En el cuadro que de refilón y a duras penas veía ya, me pareció reconocer un San Francisco, como el que en una de dichas colecciones recordaba haber visto alguna vez. Parecíame ver un santo de formas enjutas, actitud de elevada oración, acompañado de un personaje de cabeza rapada, con cerquillo frailuno y medio tumbado de espaldas, que completaba el asunto del cuadro.

Todo ello atrajo poderosamente mi atención, tanto más cuanto que me parecía recordar que aquel Sn. Fco. a quien el cuadro se parecía, debía de ser nada menos que de «el Greco».

De vuelta de la expedición consulté de nuevo el tomo dedicado al Pintor Candiota, de dicha colección de «El Arte en España». Me confirmé en mis sospechas.

A los dos o tres días me fuí a Oyarzun a pasar cuatro meses de vacaciones cerca de mi querida familia y en esto paró por entonces mi descubrimiento.

No diré que no volviese a acordarme más de mi «Greco»; pero quiso Dios que no se atravesara a mi paso por entonces nadie a quien interesasen estas cosas.

Al curso siguiente comuniqué la noticia de mi hallazgo (como tengo por costumbre) a mi entrañable amigo y antiguo compañero de correrías Dn. José Miguel de Barandiarán. Debimos de proyectar para algún día de la siguiente primavera una visita a dicho Santuario del Castillo de Salinas; pero ese día no llegó hasta el curso de 1919-1920.

Después de tres años se me ofrecía una buena coyuntura para volver a ver el dichoso cuadro, en el día de campo al propio Santuario que nos tenía concedido el entonces Nuncio de Su Santidad Mons. Ragonessi a su paso por Vitoria con ocasión de la consagración episcopal del Ilmo. Sr. Múgica, actualmente Obispo de Pamplona.

Para mejor aprovechar el viaje, procuré documentarme bien. Fuimos al Santuario; ví el cuadro; me confirmé plenamente en el juicio de hacía tres años; advertí del caso al señor Cura de Salinas de Léniz D. Domingo Vergareche, quien con gran cuidado guardaba

en la Sacristía de la Parroquia otro S. Fco. de mérito, pero sin recelar nada del colgado en la pared del Santuario—por cierto que, creyéndome algún seminarista de los trescientos de la expedición, debió de dar a mis palabras la importancia que se merecían por su supuesta procedencia.; y vuelto al Seminario tomé en mis manos una de las tarjetas que la Sociedad de EE. VV. repartió



mente para la denuncia de las obras de arte del País Vasco, con miras a la confección de un Catálogo de las mismas, y en forma interrogante formulé mediante ella mi denuncia, preguntando si sería un «Greco» el San Francisco de Ntra. Sra. del Castillo en Salinas de Léniz; añadiendo que me inclinaba a creerlo por el dibujo, el colorido y la disposición de las figuras en el cuadro.

Esto ocurría en el mes de Abril o principios de Mayo del año de 1920.

Pronto empezaron las visitas de personas interesadas en asuntos de arte, visitas que al culto Párroco le hicieron recordar la recomendación de extremar sus cuidados acerca de la joya encerrada en el Santuario de su custodia, que tan insistentemente le había hecho uno a quien él tomó por seminarista en la excursión que los de Vitoria habían realizado hacía todavía muy poco tiempo.

Los rondadores debieron de ser muchos, lo cual hizo que en el asunto interviniese el señor Arcipreste de Mondragón. Se consultó el caso con el pintor Uranga; descolgado el cuadro se halló la firma en letras griegas; se comentó no poco lo raro de la ignorada existencia de tales obras en lugares por donde tantos artistas y anticuarios han podido pasar y han pasado efectivamente; se averiguó la procedencia del cuadro y su actual pertenencia; y por fin el Ilmo. Sr. Eijo y Garay a la sazón Obispo de la Diócesis, trató de su depósito en el entonces todavía en proyecto Museo Diocesano, donde hoy se guarda como una de las buenas joyas del mismo.

Nada le diré de la obra en sí. Dicen los entendidos que pertenece a la tercera y última época de aquel raro, rarísimo, ingenio, a quien el mundo conoció con el sobrenombre de «El Greco». Por la adjunta fotografía podrá V. rastrear algo.

Y qué quiere V. que le diga del segundo hallazgo? La historia es la misma en ambos, hasta en algunos de los detalles.

Fué el día de Sta. Clara, 12 del Agosto último. Hallábame yo en el Seminario de Vacaciones de la espléndida playa de Saturrarán, donde veranean nuestros colegiales durante los meses de Julio y Agosto.

En el turno de los días de campo que al cabo de la temporada se organizan, según costumbre, para cada clase en alguno de los santuarios del contorno, correspondióme dicho día presidir un grupo de alumnos a una con el señor Rector Dn. Ramón Laspiur. Después de visitar en magníficos autocars los pueblos de Marquina, Elgoibar, Azcoitia y Azpeitia con el soberbio Santuario de Loyola, acampamos todos en Iraeta. Después de comer alegremente y jugar algún partido a la pelota, nos retiramos a la pequeña basílica, que para el servicio del vecindario se alza junto a la carretera en aquella barriada de Cestona. Después de rezar el Santo Rosario, cuando, para un rato de lectura espiritual nos sentamos todos, mi natural curioso (oh fragilidad humana!) me arrastró a pasar revista,

desde debajo del coro donde me sentaba, a los cuadros que bastantes en número cuelgan en todos los lienzos de pared de la alta capilla.

De pronto mis ojos tropezaron cerca del púlpito con uno que mirado de refilón, por los largos trazos que a mi vista presentaba, me recordó súbitamente al «Greco». Continué la revista desde mi rincón. Nada veía en algunos. Otros nada me decían.

Al salir los seminaristas terminado el ejercicio, me levanté y encaminé al púlpito. El cuadro que tenía delante, no era un lienzo; era una tabla. Por lo demás ni su dibujo ni su colorido eran del «Greco».

Miré entonces al de enfrente, en el que nada había podido ver antes al mirarlo de lejos.....

Un medio cuerpo, casi tamaño natural, con una expresión de ojos serena y penetrante, con una descarnada mano extendida en modesta actitud oratoria, con un manto de rojo viejo pálido, que, visto a través de la capa de polvo que lo cubría, me recordaba no poco el color de la túnica o brial del soldado del Marqués de Vasto de Ticiano..... —Este sí que va a ser un «Greco»—me dije—Y es un Sn. Pablo a juzgar por el libro y la espada, atributos característicos del «Apóstol de las Gentes».

Casualmente había al par del cuadro, colocada por el albañil que aquel día estaba de reparaciones, una larga escalera. Trepé por ella y..... ¡oh pasmo! en el canto de uno de los dos libros sobre los que el personaje apoya su mano izquierda, unas letras a modo de firma y letras griegas, Δομηνίκος Θεοτοκόπουλος ἔποιει decían.....

Le digo a V. que me quedé como quien ha cometido una fechoría..... Me causó todo ello tal impresión, que desde entonces empecé a pensar si estaría yo soñando o me habría vuelto loco de repente. Dos hallazgos de Grecos..... y tan casuales ambos y con tales coincidencias..... Debía de ser una pesadilla todo aquello.

Ya los autos llenos de seminaristas hacían trepidar el suelo del atrio, impacientes por partir. Teníamos que ir todavía a Zumaya y admirar en su Parroquia las joyas artísticas que en tanto número allí se atesoran, y en la casa de Zuloaga todos los primores que este mago de los «Grecos» guarda en aquel su templo del Arte.

Todo lo cual hice yo completamente distraído.

Fuimos luego a Iciar: Saludamos a la Virgen y contemplamos el riquísimo retablo, obra del Maestro Araoz.

En ruta de nuevo.

Cuanto más tiempo transcurría y cuanto más kilómetros recorríamos, tanto menos crédito daba yo a mis sentidos. Empeñábame entonces en reconstruir en mi mente la figura de aquel Sn. Pablo de mirada dulce y penetrante, manos descarnadas, manto de púrpura viejo..... Vano empeño! Me ocurría lo que con la imagen de un ser querido. Por mucho que hacía, no conseguí dibujarla en mi mente. Ya no sabía cómo era.

Al día siguiente, sin poder contenerme cogí de nuevo el tren en Deva y a Iraeta me encaminé, acompañado de tres seminaristas de los más adelantados: Luis Zufiria, Juan Lázpita y Juan P. Quadrado. Arrimamos una escalera, contemplamos de cerca y a nuestro sabor la soberana obra del Maestro Candiota, copiamos la firma y nos preparábamos a retirarnos, pero antes de que lo hicieramos quiso la fortuna depararnos otra sorpresa.

Al ir a retirar la escalera, a uno de mis acompañantes (Juan Lázpita) ocurriósele arrimarla al cuadro vecino, que lo es del «Santo Entierro». Trepas; y con admiración de todos nos anuncia que también allí había letras. Subo apresuradamente y..... TITIANVS..... Grande fué ciertamente nuestra sorpresa; pero ya V. sabe que se trata no de un Ticiano auténtico, sino de una copia, en la cual el copista ha reproducido el original con firma y todo.

Del Sn. Pablo dicen los entendidos, que es un magnífico ejemplar de la segunda y mejor época del genial autor; de la época en que el «Greco», fijada ya completamente su personalidad, permanece todavía perfectamente equilibrado, sin imprimir en sus alargadas figuras el exaltado dinamismo característico de la tercera etapa de su obra.

Estos son los hechos.

Y como el objeto de la presente no era otro que la historia de mis dos hallazgos, al terminar el cuento doy también por terminada mi carta.

De V. afmo. s. s. y cpn.

Manuel LECUONA Pbro.

Seminario Conciliar—Vitoria—día de Sta. Teresa—1926.